

[https://www.ncregister.com/commentaries/cavalier-cannonball-convert?utm\\_campaign=NCR&utm\\_medium=email&\\_hsmi=272723167&\\_hsenc=p2ANqtz-\\_0jCKHhPzI14aukLIZEWesXnw6VN5PxMYkWBzke-admoAy0v2XBWhAoxghp8EnkpFYJmm\\_-zgothBbNGqq26kEbUS\\_w&utm\\_content=272723167&utm\\_source=hs\\_email](https://www.ncregister.com/commentaries/cavalier-cannonball-convert?utm_campaign=NCR&utm_medium=email&_hsmi=272723167&_hsenc=p2ANqtz-_0jCKHhPzI14aukLIZEWesXnw6VN5PxMYkWBzke-admoAy0v2XBWhAoxghp8EnkpFYJmm_-zgothBbNGqq26kEbUS_w&utm_content=272723167&utm_source=hs_email)

## UN CABALLERO, UNA BALA DE CAÑÓN Y UN CONVERSO

COMENTARIO: Los desafíos que enfrentó San Ignacio de Loyola fueron en realidad bendiciones disfrazadas, algo que puede ser un signo de esperanza para cualquiera de nosotros.



Miguel Cabrera (1695-1768), "La conversión de San Ignacio de Loyola" (foto: Dominio público)

Donald DeMarco Comentarios 30 de agosto de 2023

El mundo y, con toda seguridad, la Iglesia católica, pueden estar agradecidos por una mujer que no se contentó con dar a luz a una docena de niños, sino que trajo al mundo un decimotercero. Era el año 1491, un año antes de que Colón descubriera América.

Ese decimotercer hijo no proporcionaría una ruta hacia un mundo nuevo, sino una hoja de ruta hacia el cielo. No navegó en el Santa María, pero tenía una gran devoción por Santa María y dejó a la posteridad sus famosos Ejercicios Espirituales. Su nombre es Ignacio de Loyola y fue canonizado en 1622.

El sueño que lo consumió durante los primeros 30 años de su vida fue ser un caballero, ganar batallas y el amor de alguna dama de alta cuna. “Se pavoneaba por las calles de las ciudades castellanas”, escribe Phyllis McGinley en su libro *Saint Watching* de 1969, “como un gallo de pelea, exigente en su vestimenta si no en su moral, cuidadoso de que su cabello castaño rojizo estuviera bien peinado y sus manos cuidadas, y listo. desenvainar una espada si algún otro dandy lo empujara al pasar”. En sus propias palabras, era “un hombre entregado a las vanidades del mundo, cuyo principal deleite consistía en los ejercicios marciales, con un gran y vano deseo de ganar renombre”.

Sus aspiraciones militares, sin embargo, sufrieron un cambio dramático cuando, mientras defendía la guarnición de Pamplona contra un abrumador batallón francés, fue alcanzado por una bala de cañón y gravemente herido en ambas rodillas. Los franceses, reconociéndolo como un hombre digno de respeto, hicieron lo que pudieron por sus heridas y lo enviaron de regreso a Loyola. Lo que siguió fue una serie de operaciones atroces. El alguna vez orgulloso caballero quedó prácticamente inmóvil. Pasó meses en cama. No podía hacer mucho más que leer, y la casa de Loyola sólo ofrecía dos libros: la vida de Cristo y un libro sobre los santos.

Ignacio quedó cautivado por el heroísmo de los santos que libraron batallas del alma. Quizás él también podría ser un guerrero victorioso, aunque a nivel espiritual.

Uno piensa en el impacto que San Pablo tuvo en Agustín, GK Chesterton en CS Lewis y Santo Tomás de Aquino en Jacques Maritain. La lectura puede cambiar la vida y los libros pueden ser poderosos instrumentos de conversión.

“Cuando vuelva a caminar”, prometió Ignacio, “iré en peregrinación a Tierra Santa. Seré austero, sobrio, penitencial y tal vez un gran hombre”.

Llegó hasta Manresa, un pueblo cercano a Barcelona, pero estuvo detenido allí durante 10 meses a causa de una plaga que impedía la entrada y salida de la gente. Su estancia, sin embargo, fue espiritualmente beneficiosa. Como virtual prisionero de la ciudad, dormía sólo dos o tres horas al día, a menudo en cuevas, ayunaba durante largos períodos de tiempo y rezaba hasta que le dolían las rodillas. Pidió pan y agua y, en consecuencia, comió poco.

Sin embargo, en esa época de privaciones excepcionales, surgió un hombre nuevo, uno cuya impetuosidad se fundió en prudencia, cuya vanidad fue reemplazada por la humildad. Su misión se volvió irresistiblemente clara. Fue llamado a ser un apóstol dedicado a Cristo.

En Manresa esbozó el marco de sus famosos Ejercicios Espirituales, que luego reelaboró y reescribió. Inicialmente los escribió para sí mismo, pero posteriormente los convirtió en uno de los manuales de devoción más eficaces jamás compuestos. Fueron aprobados oficialmente por el Papa Pablo III en 1548.

Los cuatro pilares de la espiritualidad ignaciana son la autoconciencia, la dirección espiritual, el amor efectivo y el desapego del mundo. En cuanto al amor, una vez caminó 160 kilómetros en invierno para cuidar a un hombre que,

según había oído, había caído enfermo, la misma persona que unas semanas antes le había robado la pequeña reserva de dinero a Ignacio.

No cabe duda de que Ignacio de Loyola tenía una personalidad magnética. Rápidamente ganó seis compañeros para su misión, siendo el más ilustre Francisco Javier. Que Francisco, destinado a ser santo, se pusiera del lado de Ignacio es una historia interesante, porque su familia luchó en el otro lado de la batalla de Pamplona, donde Ignacio fue herido.

Al principio, Francisco despreciaba todo lo que Ignacio defendía. Sin embargo, tres años de suave persuasión de Ignacio llevaron a una conversión dramática. Francisco se convirtió en el misionero más celoso, generoso y eficaz de la larga línea de santos jesuitas. Cuando partió para trabajar como misionero en la India, Ignacio le dijo: “*Ite, inflammate omnia*” (ve y prende fuego al mundo), frase utilizada por los jesuitas hasta el día de hoy.

Ignacio es mejor conocido como el fundador de la Compañía de Jesús. Durante los siete años en los que fue superior general, la orden disfrutó de un éxito notable. Con Ignacio a la cabeza, la orden fundó varias misiones, construyó seminarios y hospitales, estableció la Pontificia Universidad Gregoriana y se ganó la respetabilidad de los papas y del pueblo.

La orden pronto crecería a más de 1.000 miembros repartidos en varias partes del mundo. En enero de 2022, había 14.439 jesuitas en el mundo, y la orden ha dado a la Iglesia 52 santos canonizados y 157 miembros beatificados hasta el momento.

Al reflexionar sobre la vida de San Ignacio de Loyola, es interesante observar cómo una bala de cañón podía servir como objeto definitorio entre un caballero y un converso. La bala de cañón, sin embargo, fue sólo uno de los desafíos que superó. Fue encarcelado ocho veces por la Inquisición y rezó para que sus jesuitas fueran perseguidos como signo de la gracia de Dios. Los desafíos que enfrentó fueron realmente bendiciones disfrazadas, algo que puede ser un signo de esperanza para cualquiera de nosotros. Normalmente pensamos en las balas de cañón en términos de guerra y muerte. Pero así como los santos pueden cambiar el mundo y darle mayor significado, una bala de cañón metafórica puede cambiar nuestras vidas y conducirnos hacia una mayor santidad.